

AMERICA LATINA: LA REVOLUCION PENDIENTE. ANALISIS SOCIO-ECONOMICO DE AMERICA LATINA HOY*

Luis de Sebastián

Profesor de Economía de ESADE (Barcelona)

RESUMEN

En las siguientes páginas el autor trata de mostrar cómo ha sido posible mantener a través de 40 años y de tantas diferentes suertes, la misma estructura social y económica que garantiza la producción y la reproducción de las condiciones de desigualdad, opresión y miseria de las mayorías latinoamericanas. La moraleja es que en América Latina está todo por hacer, que el proyecto continental de desarrollo no se lleva por buen camino y necesita urgentemente ser reorientado.

La explicación que se propone aquí es que las estructuras socio-económicas tradicionales y sus modos esenciales de actuar en la sociedad no han cambiado sustancialmente en todo este período; quizás ha adoptado formas nuevas o ropajes diferentes, se han hecho más financieras, más especulativas, han transformado sus relaciones con la economía internacional, pero al interior de los países respectivos, todas estas permutaciones no han significado un cambio ni grande ni importante en la distribución del peso económico del poder real entre las clases y los grupos de la sociedad nacional.

Por lo tanto, se impone una reconsideración global y muy profunda de todo el camino recorrido y del que queda por recorrer. Por eso, la revolución pendiente, además de ser antioligárquica tiene que ser anti-imperialista y eminentemente nacional.

Introducción

El mensaje que trato de transmitir en esta ponencia es que, en el terreno socio-económico, las cosas no han cambiado *sustancialmente* en América Latina en los últimos 40 años.¹

La afirmación de que no ha habido cambios

sustanciales, es decir, tales que modifiquen significativamente la estructura económica, la inserción de los países en la división internacional del trabajo, la relación de fuerzas sociales, y la distribución del poder social, no excluye el reconocimiento de que en este tiempo América Latina ha pasado por muchos avatares y coyunturas,

* Conferencia pronunciada en la inauguración de la Fundación Comin, Barcelona.

Salvador, (a parte de la guerra y los "escuadrones de la muerte") se vive 10 años menos que en Europa. En Cuba la vida probable es igual de larga que en España.

CUADRO No. 3

Número promedio de habitantes por médico, 1977

Haití	5.940	Costa Rica	1.390
Bolivia	1.8.50	Brasil	1.700
Honduras	3.290	México	1.260
El Salvador	3.600	Chile	1.930
Guatemala	2.560	Argentina	530
Colombia	1.970	Venezuela	930
Cuba	1.100	España	560
		Países desarrollados	620

Fuente: *World Development Report, 1982*. Tabla 22, pág. 152-153.

Datos todavía más dramáticos, si se considera por una parte la concentración de los médicos en los grandes centros urbanos, y por otra la exclusión de la Seguridad Social de muchos trabajadores urbanos sin empleo fijo.

Estos datos básicos sobre la *salud popular* en América Latina pretenden aquí recordar la miseria en que todavía, a pesar de todas las apariencias de progreso, viven la mayoría de América Latina.

Podríamos traer estadísticas de nutrición, higiene, vivienda, educación, etc... en todas notaríamos las siguientes características generales:

- Variación desde los más subdesarrollados a los menos. Hay diferencia de Haití y Bolivia a Uruguay y Venezuela.
- Las estadísticas promedio cubren grandes bolsas de miseria en donde las condiciones son francamente extremas.
- Así y todo, los valores promedios delatan una diferencia notable con los promedios de los países desarrollados: las condiciones de vida, definidas por estos parámetros, son realmente muy inferiores.

b) Las desigualdades sociales

La miseria anteriormente descrita convive estrechamente con una gran riqueza de las élites económicas, sociales y militares del país. Bien podemos suponer que el desarrollo aparente de estas últimas décadas no sólo ha ampliado el número de los componentes de las élites —sobre todo por los golpes militares y la corrupción que les sigue inevitablemente— sino que también ha mejorado los niveles de vida de estas élites ampliadas, hasta alcanzar los niveles de vida de las élites de los más ricos —téngase esto en cuenta— de los países desarrollados.

La distribución del ingreso, en cuanto disponemos de datos, nos muestran que el crecimiento del producto nacional ha estado en todos los países sin excepción muy mal repartido, acentuando en algunos casos la distancia relativa entre los extremos (Ver cuadro No. 4).

Aunque estos datos no son del todo actuales, pintan, sin embargo, bastante acertadamente a una sociedad que evoluciona muy lentamente en la redistribución de la renta.

CUADRO No. 4

Distribución del ingreso nacional entre grupos de familias

País	Año	más bajo				20%	10%
		20%	2º quintil	3º quintil	4º quintil	más alto	más alto
Perú	1972	1,9	5,1	11,0	21,0	61,0	42,9
Costa Rica	1971	3,3	8,7	13,3	19,9	54,8	34,5
Panamá	1970	2,0	5,2	11,0	20,0	61,8	44,2
Brasil	1972	2,0	5,0	9,4	17,0	66,6	50,2
México	1977	2,9	7,0	12,0	20,4	57,7	40,2
Argentina	1970	4,4	9,7	14,3	21,5	50,3	35,2
Venezuela	1970	3,0	7,3	12,9	22,8	54,0	35,7
España	1977	6,2	11,3	15,9	22,7	43,9	28,1
Suecia	1979	7,2	12,8	17,4	25,4	37,2	21,2

Fuente: *World Development Report, Tabla 25, pp. 158-159.*

Lo más notable es que el primer 60 por ciento de las familias recibe solamente alrededor del 20 por ciento de los ingresos, mientras el 20 por ciento superior recibe entre el 50 y el 60 por ciento, según los casos; siendo la proporción del 10 por ciento más rico mayor cuanto más dinámica es la economía del país. De manera que los contrastes y la desigualdad son mayores cuanto mayor es el desarrollo del país. Otra característica de la distribución de la riqueza en América Latina es la falta de clase media con un peso económico importante. En Suecia, el 42.8 por ciento de los ingresos corresponden a los quintiles 3º y 4º, las posiciones intermedias en la escala de ingresos; en Brasil la proporción equivalente es 26,4 por ciento, en México 32,4 por ciento, en Argentina 35,6 por ciento. En otros países de Centroamérica y el Caribe, lo que podríamos llamar "clase media" no recibe ni la tercera parte (30 por ciento) de los ingresos.

En 1983 las desigualdades de niveles de vida son quizá más flagrantes, más visibles que hace 40 años debido, por una parte, a la "urbanización de la miseria" y, por otra, a la modernización de los sectores de más ingresos.

c) La injusticia social

Los datos que se han presentado muestran que la situación social en América Latina es tan injusta ahora como antes.

Bonum ex integra causa, dice el adagio. No podemos hablar de una mejora en la justicia, cuando hay tanto sufrimiento indebido, tanto dolor remediable, tantos recursos desperdiciados o "fugados" del país. Indudablemente que algo se ha hecho, que algunos sectores de la población han mejorado sus condiciones de vida en términos absolutos, y que aún los más miserables disfrutaban, a veces, de algunas ventajas del progreso de sus pueblos.

A pesar de ello, la injusticia en América Latina sigue siendo muy grande porque afecta a las vidas y destinos de millones de seres humanos. No tendría sentido decir que la injusticia en América Latina se ha reducido, porque la justicia como la injusticia no son cuantificables y, en ningún caso se podría hablar de grados aceptables de injusticia.

El desarrollo aparente (o real pero limitado) no ha eliminado la injusticia, ni ha resuelto el desafío ético para implantar una economía y una sociedad sustancialmente justa.

d) La violencia institucionalizada

América Latina, además de ser un continente de pobreza e injusticia, sigue siendo un continente violento. Es muy posible que en las "décadas del desarrollo" medio millón de personas hayan muerto o desaparecido en contiendas políticas, o como víctimas de la represión del Estado (de los cuales sólo 100.000 serían en Centroamérica en la última década); para no contar otras formas de violencia, tortura, exilio, privación de derechos, destrucción de propiedades, etc...

Es como si América Latina hubiera tenido estos años de industrialización y desarrollo una guerra de mayor amplitud y más sanguinaria que la guerra de su independencia, la del Chaco, o cualquiera de las grandes guerras del continente. La guerra como todas las desgracias ha estado mal repartida, siendo los sectores populares los que más víctimas han contribuido a las matanzas políticas. Ha habido, en cierta manera, una guerra prolongada contra el pueblo a la vez que se hablaba de darle más prosperidad, más justicia y más democracia.

En 1983 se sigue torturando, *secuestrando*, y asesinando en nombre de la seguridad nacional y de la defensa de la civilización occidental, y se continúa en luchas fratricidas desiguales en varios países del continente.

2. Estructuras que permanecen intactas

Es importante ver ahora cómo se ha mantenido la situación de pobreza, desigualdad y violencia a través de tantos años, llenos por otra parte de planes y proyectos, de realizaciones importantes en la transformación de las estructuras productivas y financieras de algunos países, de gobiernos bien intencionados y otros bastantes técnicos. ¿Cuál es la explicación de tantos planes frustrados, de tantos intentos fallidos? ¿Cuál es el camino por el cual se ha extraviado algunas realizaciones importantes que parecieron, en su día, que iban a cambiar definitivamente las cosas?

La explicación que se propone aquí es que las estructuras socio-económicas tradicionales y sus modos esenciales de actuar en la sociedad no han cambiado sustancialmente en todo este período; quizá han adoptado formas nuevas o ropajes diferentes, se han hecho más financieras y más especulativas, han transformado sus relaciones con la economía internacional, pero,

La moraleja es que en A.L. está todo por hacer, que el proyecto continental de desarrollo económico y social no se lleva por buen camino y necesita urgentemente ser reorientado.

al interior de sus países respectivos, todas esas permutaciones no han significado un cambio ni grande ni importante en la distribución del peso económico y del poder social entre las clases y grupos de la sociedad nacional. Para decirlo más simplemente, las reformas, cambios, desarrollos, que ha habido en América Latina en estas cuatro décadas, no han supuesto, fuera del caso de Cuba y Nicaragua, una ruptura con la situación tradicional del subdesarrollo latinoamericano. El crecimiento económico que haya podido haber en sectores y países no ha acarreado consigo el desarrollo social, el bienestar popular y, ni siquiera, un grado aceptable de satisfacción de las necesidades básicas de la población.

a) La estructura oligárquica

En nuestros días parece que ha pasado de moda hablar de las oligarquías criollas, formadas por grandes terratenientes y exportadores de materias primas, como se hacía en los 50 y 60. Sin embargo, estas oligarquías están ahí, poderosas y omnipresentes, intactas a través de la industrialización y el crecimiento. ¿Es qué acaso se hizo algo para reducir o eliminar su poder? ¿Dónde fuera de Cuba, se han hecho profundas reformas agrarias para quitar a las oligarquías su base de sustentación? Son, asimismo, pocos los países donde se haya nacionalizado la exportación de productos primarios (Cuba, Nicaragua, y recientemente El Salvador), otro de los pilares del poder oligárquico y la banca, un terreno en el cual la penetración de las oligarquías criollas fue desde muy pronto bastante significativa como diversificación de su poder. Algunos esperaban que la industrialización obrara como un *deus ex máxina* para reducir, si no eliminar, el poder económico y social de las oligarquías tradicionales, se contaba con el fortalecimiento de una burguesía industrial, de formación reciente y supuestamente modernizada y civilizada, para restar importancia y poder a la burguesía agroexportadora. Pero se pasó por alto en este análisis, tanto el grado de ramificación de las oligarquías tradicionales en el sector industrial moderno, precisamente para limitar su autonomía, como las alianzas entre éstas y la burguesía industrial, cuando era realmente im-

portante. El resultado es que las oligarquías, en algunos países, han "cambiado para seguir lo mismo," según el tema de *El Gatopardo* de Lam-pedusa; y otras oligarquías ni siquiera se han molestado en pasar por este proceso de disfrazamiento, como en Centroamérica.

La mala distribución del ingreso refleja, fundamentalmente, una mala distribución del poder social, y así como aquella no ha cambiado con los años, tampoco ésta ha dado señales de haber cambiado. Hoy es quizá más difícil identificar los límites de las oligarquías, es decir, delimitar sus posiciones y sus alianzas, porque las oligarquías se han diversificado mucho y se han aliado con extranjeros y nuevos ricos y, además, procuran ocultar su existencia como oligarquía en una "capa de altos ingresos" a la que tienen acceso sus propios empleados y otros empresarios menores. Pero las oligarquías están ahí, y quien no comprenda esto, no comprenderá cómo funciona la sociedad latinoamericana.

b) Relación de las oligarquías y el ejército

He aquí algo que no ha cambiado sustancialmente. Siendo la situación de dominio oligárquico, una situación donde los pocos dominan a los muchos, es inestable por naturaleza. Necesita, por lo tanto, un elemento externo para mantener un cierto equilibrio (inestable) en la sociedad; ese elemento es la represión, que realizan los cuerpos de seguridad y, cuando éstos son insuficientes, el ejército.

La oligarquía necesita al ejército para mantener su poder. Esto lo hace identificando una situación democrática, o sea de dominio popular, con la alineación geopolítica con un poder extracontinental y hostil (la URSS, para entendernos). Así, la represión social interna se presenta como defensa nacional contra un invasor extranjero, y las labores de la policía oligárquica como hazañas de una gesta nacional.

El ejército necesita a la oligarquía para completar las prestaciones que recibe del Estado. El ejército en América Latina no es ya una escala para subir a las cumbres oligárquicas, que son bastante distantes, pero es un vehículo eminente de movilidad social y de enriquecimiento. La



corrupción es parte estructural de la relación oligárquica-ejército; es un sistema organizado de pagos, por medio de la cual las oligarquías retribuyen a los generales y coroneles los servicios extra-constitucionales que les presta. Los ejércitos en América Latina carecen de proyecto social propio —fuera del episodio breve del de Perú—; son parte del tinglado oligárquico y de la alianza con el imperialismo, que se desmoronan cuando las abandona la burguesía y el gobierno de los EE.UU. los pone en cuarentena (como pasó a la guardia de Somoza y le pasará, en menor escala, a Pinochet).

c) La relación de la oligarquía con la burocracia estatal

Durante estas décadas de industrialización y crecimiento aparente, la burocracia estatal ha crecido considerablemente, a medida que las oligarquías tradicionales han ido dejando al Estado las funciones del bienestar moderno, que antes ejercían en sus dominios a título de beneficencia, para reducir las tensiones sociales y estabilizar la situación.

Este punto también es importante para entender el papel estrictamente instrumental de las dictaduras militares modernas (las del Cono Sur) que, a diferencia de las dictaduras personales (Somoza, Trujillo, Batista, Gómez, etc.) promueven los intereses de toda una oligarquía económica, en vez de los de una familia, y por eso se acaban casi automáticamente, cuando no desempeñan adecuadamente el papel de instrumentos de los intereses económicos que promueven.

Cualesquiera que hayan sido los orígenes de los ejércitos nacionales, en la actualidad reciben su razón de ser (y su dotación, ideología, apoyos externos, etc.) de la defensa de los límites aceptables del *status quo*, como una franja de opciones que no sean radicalmente nuevas.

El crecimiento del Estado también es un resultado inevitable de la urbanización, del desarrollo de la infraestructura social y productiva, del aumento de la escolarización y de la enseñanza profesional y superior, en fin, es el resultado de la modernización del mismo Estado y de la adopción por éste de funciones que en otros países han contribuido al desarrollo social y al



La miseria anteriormente descrita convive estrechamente con una gran riqueza de las elites económicas, sociales y militares del país.

progreso económico frecuentemente sin preguntarse por los presupuestos políticos y sociales de estos resultados.

La burocracia estatal se ha convertido, más que en un grupo de previsión, en un "grupo a presionar" que aparece con unas reivindicaciones públicas y unas pretensiones privadas, con las que cada vez más tiene que contar la oligarquía. El poder de la burocracia es un nuevo factor que hay que integrar en el equilibrio inestable del sistema oligárquico y que se integra a través del sistema de pagos ya mencionado —es decir, la corrupción— y de un sistema de promociones, por medio del cual los servidores del Estado pasan a servir en las empresas de la oligarquía y las multinacionales con ella asociadas, pudiendo llegar a incorporarse al "anillo oligárquico," o sea, la capa de empleados privilegiados de la oligarquía. Los empleados públicos tienen así un motivo para sustentar un régimen que, aunque no les da mucho, les promete una posición sólida en la sociedad.

En la burocracia multinacional o tecnológica, la oligarquía entrena a sus alevines para que aprendan métodos y vigilen los términos del pacto entre multinacionales y oligarquía.

Los tecnócratas son, por otro lado, los vigi-

lantes del pacto por parte de las empresas internacionales y los que transmiten a la oligarquía la consigna de la oficina central. Son un estamento más audible que hace unos años, y su presencia y su actuación en la sociedad latinoamericana ha podido engañar a algunos sobre la permanencia de las fuentes tradicionales del poder local.

d) Relación de la oligarquía con Estados Unidos

Asimismo continúa sin cambiar la amistad de las oligarquías nacionales con EE.UU. como la garantía última de que no se perderá el equilibrio inestable del sistema oligárquico. La oligarquía tiene múltiples vínculos en los centros de poder de EE.UU. Son al interior de los países sus cónsules honorarios, sus propagandistas y carteros, sus agentes comerciales y quienes llamarán en su ayuda a los marinos si las cosas se les ponen mal.

Bien es verdad que los proyectos políticos de las oligarquías no siempre coinciden en todo con los del Departamento de Estado y el Pentágono, al tener éstos más consideración de la opinión pública norteamericana. Los proyectos políticos de EE.UU., en tiempos normales, suelen ser más "centristas," reformistas y civilizados que los de

las propias oligarquías, totalmente cerradas a reformas profundas, o reformas en general. Y así la políticas de EE.UU. con respecto a estas élites latinoamericanas aparentan crítica y desacuerdo, incluso una cierta condena en ocasiones, que nunca se extiende a lo esencial. Las oligarquías son la "quinta columna" de Estados Unidos en las sociedades latinoamericanas y aquéllas no pueden prescindir de éstas para ejercer su influjo económico, político y cultural dentro de un país determinado y son también una garantía de que el país no se saldrá "del mundo occidental" que es, en definitiva, lo único que realmente interesa a EE.UU.

e) Relación de la oligarquía con la economía internacional

La oligarquía tradicional fue el cómplice interno de los centros económicos mundiales para la especialización de los recursos del país con vista al suministro de aquellos productos primarios baratos. Las oligarquías disfrutaron, a veces en exclusiva, de los beneficios internos de la integración de sus países en los circuitos comerciales del mundo como productores de alimentos y materias primas, y sólo criticaron este arreglo cuando los precios bajaban.

Las oligarquías han mantenido una actitud doble con respecto a la división internacional de trabajo: por un lado, han mantenido intacta la estructura de producción para la exportación primaria, esperando pacientemente las alzas en los precios, e incluso la han ampliado en términos absolutos; por otro lado, han diversificado sus activos a lo largo de dos líneas principales: el sector financiero y de seguros, por un lado, y *joint ventures* con empresas multinacionales manufactureras y de servicios, por otro. Pero me parece poder afirmar que no ha habido un real trasvase de recursos ya invertidos en el sector agro-exportador al sector moderno —como podría haber hecho una reforma agraria— sino que el trasvase ha sido de recursos nuevos, una parte del excedente del sector tradicional, que se han destinado sistemáticamente a la diversificación de las fuentes de riqueza. La oligarquía se ha mantenido, a través de estos años de crecimiento, con un pie en el sector tradicional y otro en el moderno, sacando partido a las coyunturas favorables en

los precios de la exportación primaria —lo que tradicionalmente ha sido su gran negocio— y recibiendo los beneficios de la industrialización acelerada y la creciente urbanización, así como de la especulación financiera nacional e internacional.

El peso de los intereses oligárquicos ha sido, pues, ambiguo en las demandas de un nuevo orden económico internacional, porque su capacidad de adaptación a un nuevo orden bastante distinto del actual es mucho menor que su capacidad de adaptarse, a corto y mediano plazo, a los cambios de la coyuntura internacional. Los sectores no diversificados de la oligarquía, que todavía son importantes en algunos países, no quieren ni oír hablar de un nuevo orden que no se limite a mayores precios de los productos tradicionales de exportación.

El aspecto más pernicioso de la diversificación de activos de las oligarquías, es naturalmente, su masiva adquisición de activos financieros internacionales, o "fuga de capitales" en términos de la calle. Según el presidente del First Boston International, salieron en 1981 de 20,000 a 25.000 millones de dólares sólo de México y Venezuela.⁴ En base a este y otros datos semejantes, podríamos cifrar en unos 200.000 millones de dólares el dinero invertido en el extranjero por latinoamericanos en los últimos diez años, (casi igual al monto de la deuda). Es sabido que los capitales latinoamericanos constituyen una parte importante del *dollar-rush* que se está dando estos últimos meses hacia los mercados de capitales de EE.UU. A estos especulados, un nuevo orden económico internacional, con una distinta división internacional del trabajo, los tiene sin cuidado.

f) El papel económico del Estado

En el poder económico y social concentrado en una oligarquía nacional aliada con las multinacionales y condicionado por las políticas económicas de los centros imperialistas, el Estado latinoamericano ha tenido estos años una autonomía realmente relativa, o sea, pequeña.

El aparato estatal se ha diversificado mucho estos años; algunos piensan que excesivamente con respecto al nivel de desarrollo de las

Las oligarquías están ahí y quien no lo comprenda, no comprenderá cómo funciona la sociedad latinoamericana.

economías. En todo caso, ha sido la estructura que más ha cambiado, por lo menos en un sentido cuantitativo. Si ha cambiado también cualitativamente, es decir, de una función francamente subsidiaria del sistema oligárquico a una paralela o abiertamente antagónica a la oligarquía, es menos claro; sobre todo hablando del conjunto de América Latina.

El Estado ha sido antagónico en la oligarquía en contados y breves episodios, en tiempos de Arbenz en Guatemala, Velasco Alvarado en Perú, Allende en Chile, quizá Gulart en Brasil, y a la élite somocista en la Nicaragua sandinista. Como poder más o menos paralelo al poder la oligarquía, el Estado ha actuado también en contadas ocasiones, sobre todo para introducir reformas, que, al contentar a las masas populares y contener la lucha de clases, no dejan de contribuir al equilibrio social.

Lo que está claro es que el Estado no se ha dedicado prioritariamente a satisfacer las necesidades básicas y elementales de la población, como lo ha hecho en Cuba. El Estado latinoamericano ha dedicado recursos marginales y en coyunturas especiales (electorales, por ejemplo) a las necesidades populares.

También es claro que sus mayores esfuerzos han ido encaminados a fomentar la industrialización, construyendo infraestructura de transporte y comunicaciones, fomentando la formación técnica y profesional, facilitando la urbanización de áreas adicionales y, por supuesto, invirtiendo en empresas públicas o mixtas que, al modo europeo, empiezan a tener gran peso en América Latina.

Estos enormes gastos —y las enormes deudas— en que se han traducido estos esfuerzos han tenido un efecto multiplicador limitado a las áreas urbanas (ya que el campo no genera “economías externas” para nuevas empresas) y dentro de ellas a ciertos grupos de trabajadores, técnicos y empresarios. El Estado industrializador continúa así, como Estado parcializador, sirviendo aparentemente a unos objetivos abstractos de desarrollo, que se obtendrían por mera acumulación de recursos en algunos sectores claves, pero en realidad beneficiando a quienes más capacidad tienen de apropiarse de los rendimientos de las técnicas modernas y de la inversión, o sea, los de siempre: las empresas multinacionales, las oligarquías diversificadas, los profesionales de élite, la burocracia estatal (con el ejército a

la cabeza) y los trabajadores fuertemente organizados (¿donde la organización fuerte es posible!). Y así, después de muchas vueltas, el Estado regresa al punto de partida y acaba sirviendo los intereses económicos de los poderosos, de los privilegiados, de los que ya tienen.

f) La falta de participación popular

La persistencia de enormes necesidades populares es la señal más clara de que el pueblo no ha participado, tampoco durante estos cuarenta años, en las decisiones tendientes a asignar los recursos escasos. Porque si hubiera participado, quizá hubiera menos industrialización, ejércitos peor armados y carreteras más estrechas, pero habría salud, vivienda, educación y trabajo para todos.

El pueblo no ha participado, en realidad, en nada como no sea en las procesiones religiosas. En parte se dirá, por ignorancia, por desinterés, por las mismas barreras de la distancia en un continente no muy poblado; en parte, por la naturaleza técnica del proceso de toma de decisiones, por la falta de canales eficientes de participación popular.

En realidad, el pueblo no ha participado porque en el sistema oligárquico el pueblo, por definición, no puede participar, no tiene nada que decir. Aún etimológicamente, lo opuesto a la oligarquía es la democracia; políticamente también lo opuesto a un sistema oligárquico es un sistema verdaderamente democrático. Estas décadas no han sido un dechado de democracia en América Latina. Algunos países no han conocido la democracia por más tiempo que unos meses (o ni eso): Guatemala, Honduras, El Salvador, Paraguay, Haití; otros por algunos años, pocos, han sido democracias durante todo el período y, quizá ninguno ha sido una democracia completa, por lo menos, en el sentido tal como lo entendemos en Europa.

Aunque en estos momentos Argentina sale de una noche triste de dictadura, Nicaragua lucha valientemente por consolidar su revolución popular, Perú da un giro a lo popular y lo progresista, y en otros países se intensifican los procesos hacia la democracia y la libertad, el balance democrático de América Latina es, hoy por hoy, muy negativo, y los presagios, que llegan como aves negras desde el norte de las Américas, son más bien siniestros. Eso significa, en términos económicos y sociales que al pueblo le espera

más sufrimiento, más opresión y la pobreza de siempre. La revolución está pendiente.

h) La contención de las clases populares

La clase obrera en América Latina no ha dejado de luchar y de caer en la lucha, durante todo este período; ésto tampoco ha cambiado. Pero sus conquistas, visto programáticamente, han sido escasas y, cuando significativas, breves.

La razón principal ha sido el reforzamiento de la lucha de clases por parte de la oligarquía y los intereses internacionales, a través de su órganos policiales y del ejército nacional. La represión de esta época, ya lo he mencionado, ha sido la más sistemática, amplia y salvaje de la historia de América Latina, y sus resultados, en términos de detener los procesos de liberación nacional, aunque infructuosos a la larga, han sido hasta el momento muy significativos. A veces, no se ve bien el nexo entre la economía y la represión, sobre todo si se prescinde de los análisis socio-económicos de la lucha de clases como término central, aunque quizá no único, del desarrollo de los pueblos. Sin embargo, en un país donde la mayoría de la población lo necesita todo, hay planes y proyectos que no se pueden lle-

var a cabo sin la represión de las demandas populares. La "función de preferencia social" de los gobernantes tiene que imponerse con la fuerza de las armas y el horror de la tortura. De otra manera, la lucha de clases derrotaría al mercado y frustraría la asignación de recursos determinada por la estructura de poder (que ya hace tiempo ha derrotado y sometido al mercado). Por eso, las opciones por las grandes autopistas y puentes, zonas francas, nuevos aeropuertos, puertos de exportación, desarrollo turístico, industria pesada, es decir, los grandes proyectos del desarrollismo socialmente sesgado, acompañadas de políticas financieras poco sanas o nada realistas, y en cualquier caso impopulares, han excluido las políticas verdaderamente populares. En el mejor de los casos, se ha pospuesto hasta un futuro incierto de abundancia la satisfacción de las necesidades básicas: primero crecer y luego repartir, ha sido, en la práctica, la consigna de estos años. Pero, para evitar el "reparto ya" ha habido que destruir violentamente a los partidos y movimientos populares, los sindicatos de clase, los grupos intelectuales, la prensa que vindicaba otro proyecto alternativo de desarrollo, basado en la satisfacción de las necesidades populares y la independencia nacional.



El desarrollo aparente (o real pero limitado) no ha eliminado la injusticia, ni ha resuelto el desafío ético para implantar una economía y una sociedad sustancialmente justa.

La deuda y los demás problemas económicos de la actualidad están vinculados estrechamente con la represión, en aquellos casos en que fue necesario machacar el movimiento popular para realizar las fantasías económicas de las oligarquías dominantes.

Conclusión

En el momento actual de América Latina nos encontramos, una vez más, ante la necesidad de romper con un pasado totalmente sin salida para las mayorías de los países: clases populares, capas medias, pequeños empresarios, empleados y profesionales, etc... América Latina está ante la disyuntiva de pagar una deuda onerosísima con mayor austeridad general y más sufrimiento popular, o cerrarse en sí misma, en una especie de autarquía continental, que reducirá mucho sus posibilidades de expansión. Esta disyuntiva representa la eclosión, el apocalipsis de una situación que se ha venido gestando bajo la apariencia de una rápida industrialización y una modernización de las estructuras productivas en los años 60 y 70. En este momento aparece la irracionalidad económica, social y política de un conjunto de decisiones, tomadas por los gobiernos latinoamericanos y sus socios o patrones internacionales (la banca internacional, en primer lugar) que parecieron en su día capaces de sacar a los países del sub-desarrollo. A algunos de estos países se les incluyó en el club de los NICS (los países de industrialización reciente, en inglés) y se les supuso haber superado la etapa del *take-off* y ya en el la del crecimiento auto-sostenido.

Ahora estos países, los cuatro grandes (México, Brasil, Argentina y Venezuela) tienen que adoptar medidas severas de austeridad, reducir los salarios, y luego la inflación, el gasto público, las prestaciones sociales, las importaciones, en fin, tomar una carga, que, como todas las cosas, estará mal repartida entre las clases sociales, tocando esta vez más a los débiles económicamente.

El pago de la deuda es algo que la oligarquía de siempre, intacta y entera a través de todas las vicisitudes, está promoviendo activamente, para no quedar cortada de los circuitos financieros in-

ternacionales y no dañar al sistema bancario de EE.UU. y de los países desarrollados (la deuda latinoamericana representa el 50 por ciento del total de sus préstamos bancarios) en los que tiene pingües inversiones. Este pago se podría hacer una vez renegociada la deuda y cambiando el perfil de sus vencimientos, si hubiera suficientes exportaciones para conseguir los dólares que requiere el servicio de la deuda; pero el comercio internacional, afectado por la crisis y las políticas proteccionistas de los países desarrollados, ha estado terriblemente deprimido y sólo ahora, con la sobrevaloración del dólar comienza a recuperarse. En todo caso, la carga del ajuste recae toda en los países deudores, ya sea por la elevación de los tipos de interés en EE.UU., ya sea por los términos leoninos de la renegociación, ya sea por el deterioro de los términos de intercambio de los países deudores o por la obligación, impuesta por el F.M.I., de poner en marcha un clásico "plan de estabilización."

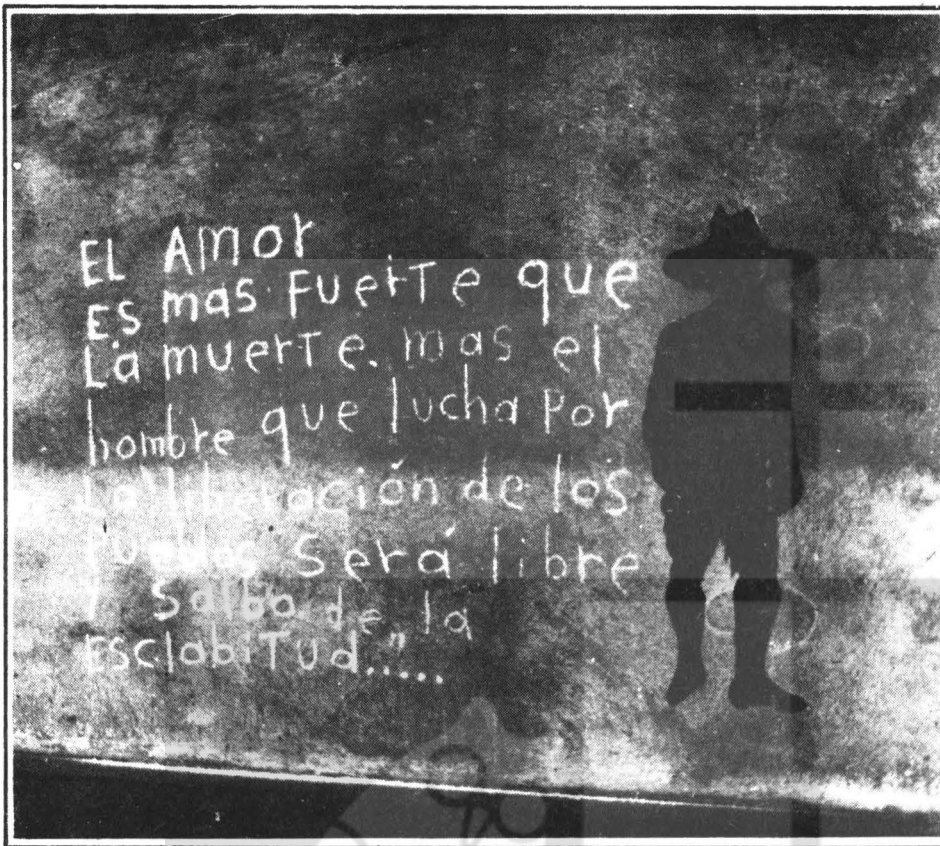
A estas condiciones de dureza se añade la restricción de los flujos de créditos de la banca privada de los países desarrollados a los países sub-desarrollados que han aumentado en 6.000 millones de abril a junio cuando de julio a septiembre de 1982 sumaban 67.100 millones de dólares.⁵

Si los países latinoamericanos, ahora atenzados por la deuda externa, consiguen alguna vez pagarla, será, si no cambian las condiciones actuales, a base de un gran sacrificio de los pueblos un sacrificio tan grande que quizá no puedan ya soportarlo.

En esta situación tan grave, que ha dado ya origen a situaciones nuevas en Argentina, Chile, Perú, Brasil, etc., se impone una reconsideración global y muy profunda de todo el camino recorrido y del que queda por recorrer.

Las fórmulas técnicas keynesianas, estructuralistas, monetaristas o socialistas, no sirven para nada si no se ponen al servicio de los objetivos sociales que dicta la situación de las mayorías de América Latina. El primer objetivo de toda nueva vía tiene que ser erradicar la pobreza, lo cual no quiere decir hacer a todos ricos, lo cual no es posible, sino proporcionar a todos los

Nacionalmente son los cónsules honorarios de EE.UU., sus propagandistas y carteros, sus agentes comerciales y quienes llamarán en su ayuda a los marines si las cosas se les ponen mal.



Si el pueblo hubiera participado quizá habría menos industrialización, ejércitos peor armados y carreteras más estrechas, pero habría salud, vivienda, educación y trabajo para todos.

ciudadanos la posibilidad de llevar una vida digna, aunque no sea más que a nivel de una "áurea mediocridad," como decía el poeta latino. Un nivel de vida que corresponda a una *cultura de la moderación* y no del consumismo desenfrenado, pero que asegure a todos la satisfacción de las necesidades básicas. De manera que en esto no hay diferencia con los países desarrollados o socialmente progresistas. Para lograr este objetivo es prácticamente necesario que el pueblo, por sus representantes o por las instancias que él elija, participe activa y significativamente en la toma de decisiones para asignar los recursos del país a proyectos de beneficio popular. Nadie mejor que el pueblo mismo sabe cuáles son sus necesidades básicas y cuándo se le satisfacen o no. Esta participación popular en las decisiones económicas, está reñida con el sistema oligárquico; con regímenes excluyentes, esencialmente antagoni-

cos. Así que la conclusión se impone ;*oligarchia delenda est!*

Al terminar mi ponencia debo reconocer que he subrayado desproporcionadamente los elementos internos de la crisis del desarrollo aparente en América Latina. Y lo he hecho intencionalmente, porque creo que abundan, también desproporcionadamente, los análisis sobre *las causas externas* de la crisis latinoamericana, sin dar suficiente atención a los factores internos que transmiten al interior de una sociedad los condicionantes externos, (como decía el ya casi olvidado "análisis de la dependencia").

Yo no minimizo las causas y condicionantes externos, tengo muy presente el poder de la trilateral, las multinacionales, el Fondo Monetario Internacional y Reagan.

Por eso la revolución pendiente además de

anti-oligárquica tiene que ser necesariamente anti-imperialista. Pero tiene que ser eminentemente nacional, en sus objetivos y sus métodos, tiene que empezar por casa, tratando de cambiar lo más inmediato y más próximo y para ello hay que conocer también, como ya se va conociendo la verdadera naturaleza del imperialismo —por sus hechos, como la invasión de Granada—, las leyes de movimiento de las sociedades capitalistas dependientes del continente.

NOTAS

1. El 'período de observación' de este análisis va desde el final de la Guerra Mundial en 1945, cuando comenzó a interesar, por razones geopolíticas, el problema de desarrollo, hasta nuestros días: casi 39 años, para ser más exactos.

2. Este dato es de 1972. La industrialización subsiguiente no es probable que haya cambiado estos datos; de haber tenido un efecto significativo en la distribución del ingreso habrá afectado el cuarto y quinto quintil. Los demás datos son de 1980 y están tomados del *World Development Report, 1982. (Tablas varias)*.
3. Son más o menos el porcentaje de la fuerza de trabajo ocupado en la agricultura, a los que habría que añadir los desempleados.
4. Leonard Silk, "Economic Scene," *The International Herald Tribune*, 5-6 de noviembre de 1983.
5. Leonard Silk, "Economic Scene," *The International Herald Tribune*, 5-6 de noviembre de 1983.

